ya en el esqueleto del pobre amigo, contáronle *el hecho*, "¡la irrecusable realidad que con elocuencia avasalladora—esto lo decía un abogadito reciente—salía de la tumba á reivindicar al calumniado sabio, al noble mártir, al escarnecido salvador de aquella trágica víctima de la obcecación y de la ignorancia!"

Pero á todo esto, el pobre *salvador* había palidecido mortalmente; aquel cuerpo era ya demasiado frágil para contener emociones tan intensas, y tras de una convulsión, un espasmo y tres colapsos prolongados, el pobre de Pepe Águilas espiró en medio de sus generosos rehabilitadores. Todos afirmaron que le mató la alegría de su triunfo...; á mí nadie me saca de los sesos la idea de que le asesinó la noticia del trágico fin de la niña cataléptica... Para mí, el desgraciado se enamoró de aquella muerta, empeñándose en salvarla como si se tratase de un ideal. Pero... para los pobres idealistas llega siempre la rehabilitación cuando el ideal ha perecido... Quizás no me crean ustedes; pero... yo, que me río de lo bajo y de lo alto, ¡desde aquel día ya no me río de los poetas!

EL SABOR DE LA VIDA

A Fr. Francisco Blanco García.

¿Quién había de decirme que al cabo de diez años de no saber ni del santo de su nombre, y nada menos que en el Lido, en la gentil lengua de tierra amurallada que separa del Adriático las lagunas de Venecia, y en la deliciosa terraza del Restaurant de los Baños, había de encontrarme á aquel perdido de Mario Siles, que salió de Sevilla con lo puesto, convertido en el más correcto *gentleman,* en el más refinado turista imaginable?

Ello sí, Mario fue siempre listo, flexible, dúctil como pocos; pero haragán, maleante, indisciplinable como el que más. Español de pura sangre, hábil para todo, útil para nada; ó, como dicen en mi tierra: *maestro de todos oficios y oficial de maldita la cosa.* Emprendió con igual entusiasmo y facilidad tres carreras, leyes, medicina é ingeniería, y con el mismo entusiasmo y facilidad las dejó todas sin haber llegado en ninguna al tercer curso.

Al abandonar la última carrera, y convencido de que su vocación, su ardiente y apasiona-

da vocación eran las letras, acudió al periodismo, camino que á él le parecía el más llano y seguro para llegar á su anhelado fin: hacer efecto, llamar la atención, lograr un éxito inusitado, soberbio, *despampanante.* Para conseguirlo acudió al gran filón, el escándalo, y lo armó tan grande, logró con tantas creces su intento, que tuvo que largarse á escape de Sevilla, disfrazado, antes de que le echara la zarpa la Guardia civil.

¡Como que había puesto de ladrón al gobernador!, ofreciendo presentar pruebas fehacientes de la defraudación que no existió sino en su *erostrático* prurito de celebridad á *outrance,* como él decía, pues desde pequeño abusaba premeditadamente del galicismo.

¡Pero, vaya si iba acicalado y peripuesto el mozo, con su traje primaveral, cortado por el mejor sastre de *La City;* zapatos de cuero de Rusia, guantes de Suecia, el gallardo fieltro Rembrandt, colocado con soberano desgaire, y la fresca rosa del Lido en el ojal del *veston,* como él diría!

¿De dónde le vendrían todos aquellos lujos? No era fácil saberlo ni correcto preguntarlo.

Mas diríase que adivinó mi curiosidad, porque con su mismo gentil desenfado de siempre, como si hubiese dejado de verme la víspera en las *Delicias* ó en el teatro de San Fernando, vino á mí y me contó, gallarda y sabrosamente, su historia.

Y la exornó con tal copia de pintorescos pormenores, con tal lujo de vocablos y giros exóticos y singulares, con tales pruritos de *snobismo* original, y con tales melindres y tan altos

desdenes de hombre superior, de soberano escéptico, de excéntrico inimitable y exquisito; y la salpicó con tantos puñados de sal legítima de nuestra tierra, que siento no poder fonografiar aquel relato, que probaba, con irresistible evidencia, que el estilo es el hombre, y, en ocasiones, lo más bello del hombre.

Primero, cuando á uña de caballo, ó más bien á vapor de locomotora, huyó de Sevilla tan bonitamente disfrazado que no le hubiese conocido su propia madre, se plantó de un salto en los Estados Unidos:—"En ese soberbio mundo de la aventura y de los prodigios modernos, en ese formidable pulmón de coloso que absorbe y transforma con su potente vitalidad todo el aire viciado de esta podrida Europa."—Son sus propias y cínicas palabras.

No iba él allí á humo de pajas, ni en busca de imaginarias aventuras; contaba con antecedentes y arrimo de familia: un tío suyo, hermano de su padre, que había emigrado á Norte-América en circunstancias parecidas á las de él, si bien, por lo visto, más lucrativas. Era cajero de no sé qué casa de banca de Madrid, y... ¡una chiquillada!, ¡el pícaro juego! Porque, por lo demás, él era muy *honorable* (¡tanto como otros muchos honorables de *yankilandia!).*

En esto del origen de las fortunas—decía con gentil sacudimiento—acontece como con el origen de los imperios: *no cabe duda* que la moralidad está en razón directa de la *magnitud* de la empresa. A un pelagatos que roba ó sale á asesinar á un camino, impulsado por el hambre, se le *trinca,* y se ha fastidiado; pero al caballero que roba y asesina en grande, y me-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

diante cálculos y maquinarias científicas se le llama conquistador, se le alzan estatuas, se le diviniza!...

Pues otro tanto pasa con el capital; *nadie engorda lamiendo platos*. El que se eleva mediante magnas y audaces empresas, es porque tiene condiciones, porque es verdadero *estratega* en los negocios, como lo es el conquistador en la guerra; en fin, que se engrandece, porque es grande y merece serlo, por derecho de conquista financiera, en la lucha de los listos contra los tontos, que es otra lucha no menos formidable y legítima que la de los fuertes contra los débiles, pues no es otra cosa el poder militar que funda los imperios y cambia las fronteras de las naciones.

Uno de esos Césares, de esos Napoleones financieros era mi tío Marcos, el cual, á fuerza de cálculo, de previsión y de trabajo, de labor enorme, sobrehumana; á costa de mantenerse en máxima presión cerebral diez y seis ó veinte horas diarias durante cerca de treinta años, conquistó un mundo de oro, un verdadero mar de *dollars,* en que nadaba *eperdu,* desorientado, cuando yo llegué á Nueva York. Halléle sin fuerzas ya para aumentar ni casi para administrar tamaña fortuna, y sin vida para alcanzar á gozar de ella.

Padecía mi tío, en sus postrimerías opulentas, la enfermedad de todos los *parvenus,* achaque endémico de los improvisados millonarios de Nueva York, segunda ciudad del mundo y verdadera capital del plagio. Aquejábale insaciable prurito de *europeismo agudo;* afanábase por sustraerse á la nota infamante de ricacho sórdido y grosero, y se perecía por vestir á la inglesa, comer á la francesa, ilustrarse á la alemana y hacer de su casa una preciosa abreviatura de Europa, compuesta de museo italiano, *hall* inglés y salón parisiense, con su brillante apéndice de pabellón árabe, *encombré* de tapices tangerinos, mantas jerezanas, pipas otomanas, chales de Smirna, muebles *arabizantes* del Cairo y una *foule* de objetos incoherentes y desparejados que á él le parecían de marcado españolismo y de selecto *cachet* y estilo. Otro tanto ocurría con el museo italiano, el *hall* británico y el salón parisiense. Todo ello era una parodia irritante de pura exactitud é impersonalidad desoladora; un remedo irracional, más propio de monos que de hombres; una *contrefaçon* indigna, pagada á peso de oro, porque mi tío ni se acordaba de España, ni conocía á Europa, ni tuvo jamás noción de lo que es arte y gusto y estética.

Avínole bien que llegó en hora feliz su sobrino, y con esta labia y despejo propios de nuestra tierra—decíalo con absoluta inmodestia,—y con esta pasmosa facilidad que tenemos los hijos del sol para aprender idiomas y naturalizarnos en todas partes, pronto acabé por dominar *en maître* la lengua, hasta el punto de manejar con suelto desparpajo el *social gosip,* aquella caricatura de conversación europea que ellos tienen por elegante *bavardage* social, y al mismo paso dominé á las gentes que nos rodeaban, y singularmente sojuzgué y sometí con pleno y dictatorial imperio al *pobre hombre* archimillonario que era mi buen tío Marcos.

¡María Santísima, qué río de oro el que fluyó

de las arcas prolíficas del potentado á las manos y bolsillos de este servidor de ustedes, en aquellos dos años pasados en la casa *paterna* y archipaterna de mi tío!

Pero también—y justo será decirlo—¡qué transformación la que el soberbio palacio de mármol de la *Quinta avenida* experimentó en tan breve plazo!

Mi trabajo, mi estudio y mis afanes, aunque también mis goces carísimos, me costó la tal metamórfosis.

Crucé varias veces el océano en el regio y rapidísimo *yatch* de mi magnífico tío, y viajando siempre en expresos, ó *diretissimi,* ó en trenes especiales, fuí á París, á Viena, á Londres, y vine aquí, á Italia, estudié, leí, visité los grandes museos, y cargado de un mundo de arte en estatuas, cuadros, joyas y muebles magistrales, y de una multitud infinita de *brimborions* elegantes y chucherías exquisitas, volvíme otras tantas veces al palacio de mi viejo *Nabab*, que presenciaba extasiado el desembalaje é instalación de aquellas suntuosidades que tan caras le salían, y oía embebecido la no menos fastuosa elocuencia con que yo le presentaba y encarecía mi botín europeo.

A todo esto, y mientras mi paisano charlaba, habíamos abandonado el Lido y volvíamos cara á Venecia en uno de los *vaporetti* que constantemente recorren aquel delicioso camino. Aprovechando la bella ocasión en que la maravillosa ciudad se nos aparecía regiamente empurpurada con los fulgores vespertinos en medio de las resplandecientes lagunas, dijo Mario:

—Mi vuelta al palacio de aquel magnate del *dollar,* me recordaba la vuelta de los aventureros corsarios de la República veneciana, cuando deponían sus fabulosas presas orientales á las plantas de los Doges, en ese mismo palacio que allí se divisa.

Mi tío—continuó después de la oportuna cita—tuvo el buen gusto de morirse pronto, y el excelente acuerdo de legarme su reverenda fortuna. Dueño absoluto de ella, y pensando cuerdamente cuánto más grato y suave que sembrarla es recogerla y exprimir su delicioso jugo, realicé todas aquellas empresas mineras, ferroviarias ó fabriles que reclamaban trabajo y asidua vigilancia, reservándome todo lo saneadito, mollar y granado del capital, colocando el producto de lo demás—vendido todo con *suculentas primas*—en el Banco de Londres y en otros lugares no menos seguros, y resolví dar á todas aquellas riquezas el más filosófico y alto empleo imaginable...

—¿Resolvió usted invertirlas en grandes obras benéficas, en magnas empresas caritativas que le produjesen el más puro de los goces humanos, el goce inefable de hacer bien?—Díjele con espontáneo arranque de entusiasmo, que su respuesta convirtió en ironía.

—¡Vamos!—observó vivamente.—Veo que es usted como mi madre, de las escasas y beatíficas almas que creen todavía que con arrojar al océano de la miseria la gota de agua de la limosna individual, ó el cenagoso arroyo de la beneficencia reglamentada, se remedia el mundo y se compra un sitito de preferencia en el cielo. Así pensaba también mi pobre vieja, tan

poseída de las utopias y fanatismos de antaño, que, cuando lleno de alegría, corrí á Sevilla á derramar á sus pies un verdadero río de oro, á dulcificarle con un *confort* y un bienestar de reina las asperezas de la vejez... ¿qué creerán ustedes que hizo? Pues rechazó escandalizada mi fortuna, sometiéndola á un análisis y á un criterio que no resistiría hoy casi ninguno de los grandes capitales del mundo. Y abroquelándose con formidable resistencia en sus escrúpulos monjiles, cuando se convenció de que no me avenía yo á derramar sobre la pobretería, como estéril rocío, insuficiente para los miserables y cruelmente ruinoso para mí, el dinero que ella llamaba *del demonio*—¡qué sabía la pobre de industrias, empresas y adelantamientos modernos!,—no sólo no quiso admitir ni un céntimo, ni un obsequio, ni una fineza de su hijo, sino que se negó á salir de aquella horrible casucha de la Borceguinería, de aquel abominable *trou*, donde no sé cómo pude vivir todos mis primeros años!

—¿Pero no le inspiraba á usted nada el lugar donde había nacido y pasado la flor de su vida? —pregunté yo cándidamente.

—¡Qué había de inspirarme después de vivir en Nueva York como un rey; qué había de inspirarme aquel miserable y antihigiénico palomar donde la triste anciana se consumía entre la anemia, el fanatismo y la ignorancia!

—¡Desgraciado!—pensé; — ¡no veía otra cosa en aquella santa que Dios le dió por madre! ¡No sabe sentir la patética belleza del recuerdo, ni gustó nunca la incondicional adoración que inspiran á los hijos las sublimes madres

cristianas... y sin embargo, se juzga muy dichoso!

—Verdadera contrariedad fue para mí—prosiguió—aquella supersticiosa aberración de mi pobre madre... pero ¡cualquiera la convencía! Atacada sin duda de histerismo ó de locura senil, llegó á cobrarme prevención, tanto que al verme lloraba, y sermoneándome—siempre sobre el mismo tema—se exaltaba, de modo que después de pasar unos días en el *Hotel de Madrid*—único sitio donde se puede vivir en nuestra Sevilla,—tuve que marcharme para dejarla tranquila; y... lo hice con tan mala fortuna, que muy poco tiempo después... se murió la infeliz abandonada, sola, pobrísima, miserable. Por su voluntad... pero aun así, es muy triste ¡caramba!...

En fin... ¡Delicias del fanatismo español!

—¿Con que murió la pobre doña Dolores, la amiga querida de mi familia?—dije con verdadera pena.

—¡Sí, por desgracia! ¡Hoy hace justamente dos años!

Y rehaciéndose en breve de la impresión, que en verdad no le llegó muy á lo hondo, prosiguió, como quien trata de desechar un recuerdo enojoso.

—Pues... no, señores; como no soy ningún San Francisco de Asís, ni es este siglo de santidades, no me propuse derretir mi fortuna en beneficencias, aunque no soy avaro ni sórdido, ciertamente. Mi ideal era menos divino, pero sin duda más humano, más práctico y singularmente más estético. Yo, desde luego, sentía verdadero *penchant* hacia los goces intelec-

tuales; y aunque primero—*¡estaba* en los veinticinco años!—tuve mi época de *dandysmo* y aun de *donjuanismo* prudente y discretamente aristocrático, una época en que Byron y De Musset eran mis ídolos favoritos, aunque anticuados; después me dió por leer, y leí, leí hasta emborracharme, casi todas las literaturas modernas.

Y en ese período de lectura *enragé*, desechados gran parte de los filósofos por mareantes; casi todos los científicos, por sistemáticos y amontonadores de lastre y aparato infundioso; y de entre los literatos Hugo, por *demodée;* Tolstoi, por ñoño; Ibsen, por chiflado; Zola, por *shocking,* acabé por enamorarme de Taine, y después de su hijo literario Bourget, y del incomparable Pierre Loti, espíritu sublimemente pagano, deliciosamente epicúreo, y del sugestivo Anatole France; y á ratos gustábame saborear, como se saborea el ajenjo, á los exquisitos Goncourt, dotados como su héroe *Charles Demailly,* de un *talento nervioso,* de un verdadero *tacto sensitivo de la impresionabilidad*, impresionabilidad que de puro delicada llega á ser dolorosa y enfermiza. Estos maestros me han inicido en la nueva y excelsa religión de los intelectualistas, que se proponen extraer la miel del arte, ó simplemente libar los inefables goces sensacionales de todas las flores puras, sanas ó venenosas de la vida; de la pasión, del placer, del dolor y hasta de la abyección y de la muerte. Paladear la vida, probar en copa de oro los infinitos gustos y sabores, presabores y *arrière-goûts,* ó dejos, de todas las impresiones humanas; ser erudito en goces

sensacionales, sabio en deleites, verdadero *dilettante* en este gran banquete y festival de la existencia que con tan sabrosos, regalados y variadísimos manjares nos convida. *¡Voilà mon rêve!*

¡Si vieran ustedes cuánto he viajado y visto y disfrutado! Pero...—añadió advirtiendo que entrábamos en el *Gran Canal*—¿llegaremos hasta *Florian*, eh?—Sí—contesté yo;—pero reclamo un breve paréntesis: quisiera entrar en *Santa María de la Salute.*

—Très volontier!—respondió galantemente. Y al dejar el vapor-*tramway* en el puente de la *Paglia*, tomamos una góndola que nos condujo frente al templo.

Todavía esperaba yo que Mario, impresionado por la fecha de aquel día—aniversario de la muerte de su madre—entrase con nosotros á rezar unos momentos, y así me atreví á insinuárlo, pensando: ¿quién sabe? La emoción, el recuerdo, la plegaria, ¿qué desierto moral no fecundarían?—Pero fina, correcta y fríamente, se me excusó diciendo:—¡Lo siento de todas veras! Pero... no participo del cándido idealismo de ustedes: creo que de mi pobre vieja no queda ya más que un puñado de materia en evolución, allá en nuestro *primitivo* cementerio de San Fernando de Sevilla, y á la verdad, no sé qué beneficio puedan reportarle á aquel mísero abono humano unas cuantas palabras aprendidas y ya sin sentido para mí, recitadas ahí en el rincón oscuro de esa húmeda iglesia

No le contesté, y poseída de hondísima tristeza, penetré en la santa mansión, donde la luz del crepúsculo, impregnada de melancolía,

agravaba el desconsuelo que dejaba en mi alma la aridez de aquel espíritu que á mí me parecía condensar y representar la muchedumbre egoísta y estéril de los espíritus contemporáneos, pagados de sólo el bien presente y contaminados de incurable paganismo; y arrodillándome á los pies de la *Madonna*, lloré y recé por el alma de aquella madre á quien olvidaba su hijo, y por el hijo ingrato de aquella santa;—por el alucinado que se juzgaba clarividente y estaba ciego á la eterna luz; por el triste epicúreo avaro de sensaciones y tan indigente de goces espirituales que desconocía las dulzuras del recuerdo, mística persistencia de lo pasado; la fruición divina de la caridad, sublime comunión de las almas, y el regalo sobrenatural de la oración, puerta de amor abierta á lo infinito, por donde el alma se comunica con su Dios.

Y como la oración es además bálsamo que suaviza y aquieta el corrosivo ardor de las pasiones humanas, cuando volví á ver á Mario ya se había dulcificado la violenta aversión que su egoísmo me inspiraba, y le miré con ojos de cristiana tolerancia y caridad. Está ciego—me dije;—pero acaso quede en esa alma un resquicio abierto á la luz espiritual.

Habléle jovialmente, y animado él por mis exhortaciones, reanudó el cuento de su vida.

Subimos en góndola hasta *Rialto,* y desde allí, hablando él y escuchándole nosotros, bajamos por la calle de la *Merceria* hasta San Marcos.

Así, á lento andar, entrecortado por frecuentes paradas, nos contó el resto de su historia, llena de incidentes pintorescos, variadísimos, interesantes, digna de un libro por la copia y diversidad de los episodios, cuadros y aventuras acaecidos y desarrollados á través de toda la tierra, en los climas y países más remotos y opuestos; como que había recorrido toda Europa y América y gran parte del Asia, haciendo por donde quiera gala de su despilfarro y franqueza andaluza, de su refinado exotismo y de su bizarra fanfarronería de archimillonario *yanki.*

Pendientes de su animado relato llegamos á *Florian*, y como la tarde era de Mayo y deliciosa, nos sentamos en torno de una de las mesitas colocadas *á l'aria aperta,* en medio de la grandiosa y originalísima plaza y frente á la oriental basílica de San Marcos, cuyos vidrios y mosaicos de oro incendiaba la llamarada roja del Poniente.

Un grupo de palomas rezagadas (pues para ellas había sonado ya la *queda*), un grupo de aquellas incomparables palomas venecianas, descendientes de las que coadyuvaron á la toma de Candía y, por lo tanto, beneméritas de la patria, se abatió bulliciosamente sobre nosotros, envolviéndonos en una nube de alas nerviosas y vibrantes que suavemente nos azotaban la cara con su desplegado plumaje, como gallardos abanicos vivientes. La alegre banda acabó por posarse en movible desorden sobre un veladorcito vecino al nuestro, desde el cual, alargando los gráciles cuellos tornasolados y afilando contra el borde del velador los rosados picos, nos miraban con pedigüeña expresión interrogativa, como diciendo: ¿qué vais á darnos?

Respondiendo á la graciosa pregunta, excla-

mó enfáticamente Mario:—A estas ciudadanas de Venecia hay que tratarlas como á quienes son. Y llamando autoritariamente al mozo, pidióle con imperio de gran señor una verdadera carga de pasteles y pastas de toda especie, que con orgullo de *yanki* y rumbo de sevillano desmigajó allí mismo, arrojando á las palomas una verdadera lluvia, un maná torrencial de hojaldre y pastelería pulverizada. Aturdidas las medrosas aves bajo la espesa lluvia, comenzaron á sacudir con tanta violencia las alas, que desparramaron por el suelo más de la mitad del migajerio, con grande risa y contentamiento de Mario, que pidió al mozo nueva remesa de pasteles.

Atraído por el suculento olor que despedía la deshecha pastelada, acudió moviendo el alto plumero de su cola y derribando al paso sillas y mesas el enorme mastín canelo, concurrente asiduo de *Florian,* que hundió valientemente el húmedo befo y la roja lenguaza en aquel blando mar de golosinas.

Entusiasmado mi paisano con la lucida concurrencia que lograba su banquete, encargó nuevo y mayor refuerzo de provisiones al asombrado mozo; y como tardase éste más de lo que su vanidosa impaciencia consentía, alcanzó el millonario una gran bandeja de bombones y pralinas milanesas, que no sé con qué objeto habían dejado en otro velador cercano, y á manos llenas tiró, despachurró, deshizo en inútil alarde todo el montón de costosísimas confituras, sin provecho del perrazo que las dejó desdeñosamente, y con daño de las palomas que huyeron despavoridas y apedreadas bajo el intempestivo granizo.

Adivinando sin duda que ellos eran los llamados á gozar de la dulce y sabrosa lluvia que aun en sueños les hubiera parecido fantástica, vedada é intangible, acudieron en bulliciosa turba unos cuantos *bambini* descalzos, casi desnudos, coloradotes, rubios, espelurciados, graciosísimos.

Y cuando con el ímpetu de los bárbaros de Atila caía el revuelto pelotón de frescos y redondos cuerpecillos sobre el derramado botín, cuando nos disponíamos á celebrar el triunfal alborozo y la belleza del adorable grupo, digno de Rubens, en aquel mismo punto, Mario de pie y rojo de cólera, con toda la *frank brutality* de los paisanos de sus *dollars*, alzaba furioso el bastón sobre el tierno coro de querubines aterrados.

—¡Eso sí que no lo hará usted en mi presencia!—grité yo interponiéndome entre el millonario y los niños.

Instantáneamente bajó el bastón, y conteniendo con esfuerzo el sobrealiento de la ira, pronunció lentamente, como apoyándose en las palabras para no perder el equilibrio de su afectada corrección:—¡Estos sentimentalistas son crueles, se dejarían comer de los insectos por tal de no hacerles daño!—Y agregó:—¿Pero, de veras, se compadecen ustedes de esta odiosa hampa de haraganes y viciosos que infesta á la desdichada Italia? Pues toda esa gentuza que vive y duerme al aire y al sol, es más feliz que nosotros y engorda con el oro que le dejamos los memos de los turistas.

Yo no le escuchaba: deseando indemnizar á los pequeñuelos del susto y resarcir mi propia

conciencia de la depresión que sobre ella ejercía el brutal egoísmo del pseudo-*yanki*, me desquité á mi gusto ofreciendo á los chiquillos, allí en las propias mesas de *Florian*, un hartazgo de dulces de que aún guardarán memoria.

Mario, ofendido por la lección, saludó cortésmente, y disfrazando su despecho de corrección exquisita, nos presentó su tarjeta acompañada de los más rendidos ofrecimientos.

Mientras se alejaba, traspirando de todo su sér ese aura de soberano orgullo que delata á los advenedizos de la fortuna, el alegre coro de los chiquillos palmoteaba y chillaba, ébrio, loco de alegría. Atraída por sus gritos, acudió la madre de tres de ellos, que transfigurada de gozo al verlos felices por una hora siquiera, me besó la mano llorando y exclamó con expresión que no olvidaré nunca:—*¡Ah poverini miei! ¡Gli avete fatto goddere il paradiso, che la Madonna vi benedica!*

Yo gusté entonces con el paladar del alma una delicia que nunca gustaría el opulento *dilettante*, y lloré compadeciendo de todo corazón á aquel rico tan pobre, á aquel feliz tan desdichado, á aquel gozador de oficio que se jacta de regalarse con el intenso sabor de la vida y no ha probado más que el de los deleites que hastían y degradan.

¡Pobres degenerados de la civilización esos para quienes la Historia ha retrocedido diez y nueve siglos, son verdaderos paganos y viven como si todavía no hubiera nacido Jesús!

EL TALON DE AQUILES

Aquella noche estábamos en familia en casa de Ruidalgo, en el delicioso gabinetito azul que parece reducción de la *Tribuna* florentina, tan lleno está de magistrales obras de arte.

Todo Madrid conoce el severo orden aristocrático y el acompasamiento casi litúrgico de las costumbres de los viejos Marqueses. Al sonar la primera campanada de las doce aparece Gastón, el antiguo *maitre* francés, con el servicio del té, que viene á ser el punto final y como la *queda* de aquellas apacibles veladas, las cuales siempre habían sido representación fidelísima del carácter pacífico, piadoso é inalterable de los dueños de la casa, singularmente de la Marquesa, que odiaba las *novedades* tanto como las discusiones y el ruido, y que tenía absolutamente prohibidas las presentaciones, para no exponerse á recibir gentes desconocidas y aplebeyadas.

Pero el amor apasionado del Marqués por las letras y el culto de admiración que tributaba